

Accésit

Manuel Luque Tapia

Papá era bueno

*Tengo un sueño, un solo sueño, seguir soñando.
Soñar con la libertad, soñar con la justicia,
soñar con la igualdad,
y ojalá ya no tuviera necesidad de soñarlas.*

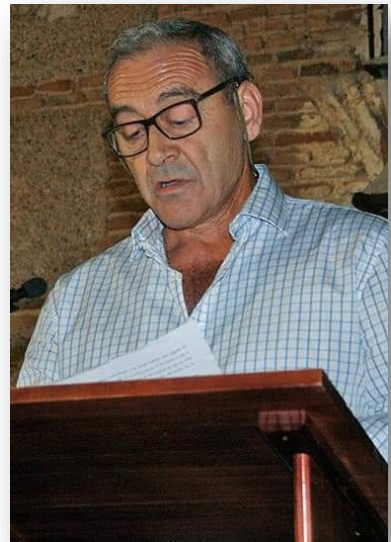
Martin Luther King

*“Historia testis temporum, magister vitae”
(La Historia testigo de los tiempos, maestra de la vida)*

Proverbio latino

*“Recuérdalo tú y recuérdalo a otros”
Luis Cernuda*

Tenía yo tres años y jugaba en el suelo con una muñeca de trapo, cuando unos hombres uniformados y armados, dando un zapatazo a la puerta, entraron en casa. A mamá, que estaba sentada en la silla baja de anea pelando patatas, se le mudó el rostro y al ponerse de pie se le aflojaron las manos y el cuenco, el cuchillo y las patatas rodaron por el suelo mientras las pequeñas mellizas se enganchaban al pernil de los pantalones de papá. *Tú te vienes con nosotros*, le dijeron a papá, mientras dos de aquellas fieras lo agarraban de los brazos y se lo llevaban a rastras como si fuese un delincuente. No lo dejaron siquiera darnos un beso de despedida. Mientras mamá en la puerta de la calle temblaba como jamás yo he visto temblar a nadie, a papá lo empujaban para que subiera a un camión. La calle estaba desierta, el pueblo parecía un pueblo fantasma, pero supe después que los vecinos atrincherados tras las celosías de los ventanales fueron testigos mudos de aquella vil afrenta. Yo al ver el trato que dispensaron a mi papá y la cara de espanto de mi mamá, sin poder evitarlo, me hice caca, fue la respuesta más animal a lo que estaba ocurriendo. ¡Qué otra cosa podía hacer!



No sé lo que mi papá había hecho ni lo que había podido hacer ni qué hilos había movido mamá pero lo cierto es que a mi papá lo liberaron trece días después. Volvió y a los dos días de su regreso nos trasladamos a Francia. Allí nació mi otra hermana, la cuarta, que pudo existir porque a mi papá lo liberaron, y es que de estas voluntades ajenas nacemos o morimos. Allí, en Francia, en un pueblo llamado Pompadour, en el corazón de la Corrèze, vivimos varios años para estar lejos de la represión y el terror, eso decían mis padres, aunque yo no sabía qué significaban esas palabras. No sé cómo se enseña la bondad, pero mientras en la escuela aprendía a dibujar y poco a poco me enseñaban a escribir, a sumar y a pensar, en casa, con mamá, papá y mis hermanas aprendía —sin letras ni números— el valor de la bondad. Sin embargo, entre el mundo exterior y mi mundo existía un gran desajuste, en mi pequeño mundo de abrazos, de cuentos antes de dormir, de caricias, de juegos y de amor, papá era la persona más buena del mundo; en el mundo exterior papá había sido apresado y encarcelado como si fuera un hombre malo, de hecho hasta mis nueve o diez años conviví con una extraña angustia, sabía que a mi papá se lo habían llevado unos hombres y yo pensaba que se lo habían llevado porque era malo. Imaginaba que los días que no había estado en casa lo habían tenido encerrado en una habitación sin luz, amordazado a unas gigantes argollas para que no se pudiese mover, suponía que eso hacían con los hombres malos. Para mí era terrible tener un papá malo, ir por la calle con la cabeza gacha porque creía que los demás me señalaban por tener un papá así.

Volvimos a España en 1947, el miedo se había distendido un poco, la ferocidad parecía haber amainado, decían mis papás, y aunque para mí el secuestro de papá quedaba muy lejos, algo de aquello me sobrevivía. Empezamos una nueva vida, la pequeña apertura se sentía como un avance, pero la historia se repite y a mi papá lo vuelven a apresar. Yo ya había crecido, había cumplido once años, y podía entender las cosas de otra manera. Recuerdo que esa tarde al volver del colegio y llegar a casa mamá tenía los gestos de la cara descompuestos, enseguida, no sé por qué, me vino el recuerdo de la expresión de mamá de aquella nefasta ocasión de hacía ya para mí muchos años. La atmósfera estaba enrarecida, mamá nos reunió en su cuarto y se abrazó a nosotras, intentaba poner en sus palabras el tono de cuento de hadas con el que una madre les explica las tragedias a sus hijos, nos contó que a papá se lo habían llevado unos señores, pero que no nos preocupásemos, que seguramente se trataba de una confusión, que papá no había hecho nada, y que como la otra vez en poco tiempo volvería. Así, de golpe, como quien descubre un truco de magia, entendí que los otros eran los malos. Me volvieron las imágenes de la primera detención, papá en un cuarto oscuro, rodeado de rejas, como los hombres malos, pero ahora comprendí que aquella

primera vez no se lo habían llevado por ser malo, y me sentí tranquila: papá era bueno. En ese instante en ese cuarto terminó la angustia de la niña que años atrás se había hecho caca, en ese instante también supe que cuando mamá terminó de hablar yo tendría que haber llorado, pero no, me invadía la paz más profunda porque sabía que tenía un papá maravilloso.

El segundo encarcelamiento se presagiaba más largo así que cada día mamá, que intentaba hacer una vida normal, iba y venía de aquí para allá. Luego supe que el día que no se dedicaba a pedir clemencia para su liberación a no sé qué persona influyente iba, unas veces andando y otras en el correo, hasta las poblaciones colindantes para hacer recados o encargos a los vecinos que se lo solicitaban y de camino vender sus mercancías, pan, harina, aceite y otros artículos de primera necesidad, para hacerse del sustento con que alimentarnos y sacarnos adelante, eran lo que llamaban una recovera. Supe también, porque así figuraba en una lista de desafectos al movimiento y sediciosos publicada por el periódico *El Alcázar*, que mamá leía y guardaba inútilmente con cautela para que no cayese en nuestras manos, que papá se encontraba entre los presos de la cárcel de Córdoba que habían sido trasladados a los campos de trabajo de San Roque. Yo no sabía lo que significaba desafecto al movimiento ni sedicioso hasta ese día en que me propuse averiguarlo. Así iba creciendo, así iba aprendiendo nuevas palabras, nuevos conceptos. Nosotras en casa, por otro lado, nos encontrábamos presas del miedo, un miedo que empezó esa tarde de atmósfera enrarecida, esa noche en la que no sentí el ruido de las zapatillas de papá acercarse para darme un beso antes de dormir, esa mañana en la que los compañeros de colegio y vecinos parecían mirarme raro, ese día de cuento de hadas en que la principal tarea de mamá era suplicar por papá, esa noche a partir de la cual ya solo existía un sueño: que papá volviera, pero el miedo empezó sobre todo en el preciso instante en el que ya no pudimos hablar de papá con alegría. Miedo de que el tiempo durara tanto. Miedo de nombrar a papá en pasado porque hubiera sido una forma de matarlo.

Mamá solía decirnos que estaba absolutamente convencida de que no existía la maldad absoluta, decía que incluso en los seres más depravados existe un atisbo de bondad que está esperando las condiciones propicias para germinar. Apoyándose en esta premisa y en nombre del amor y de la vida, mamá suplicaba y rezaba para que los captores de mi padre lo liberaran, yo, por mi parte, me despertaba cada día ilusionada porque ese podría ser el día en que papá volviera. Y así pasaron los días. Y las noches. Muchos días. Y muchas noches. Pero un día de buenas a primeras me di cuenta de que mamá había dejado de rezar y lo peor de todo, nombraba a papá en pasado. No sabía qué había podido ocurrir ni me animé a averiguarlo, pero desde ese instante confirmé que papá no volvería. Le habían

robado su tesoro máspreciado, como él lo llamaba, el tiempo, y lo peor de todo, ya no habría manera de recuperarlo. Le habían robado su futuro, su tiempo con los seres queridos, con los amigos, con su trabajo... le habían robado su vida.

Desde entonces, dos imágenes me acompañarían siempre: papá dándome un abrazo a su regreso y papá con un disparo metido en el cuerpo, sangrando, tirado en el suelo como una alimaña. Ninguna de las dos imágenes pude ver. Fue duro no verlo regresar, igual de duro que no saber cómo murió, por qué lo mataron si su único delito fue ser honrado, cuánto miedo tenía, si pasó mucho frío... aunque a buen seguro sé en lo último que pensó. Pero si todo esto fue duro más duro fue no saber donde reposaban sus restos y es que a papá lo habían dado por desaparecido, así que no podíamos reclamar su cuerpo aunque mamá tuviese la certeza de que lo habían ejecutado. Durante muchos muchos años tuvimos que enterrar ficticiamente no solo su cuerpo sino también la posibilidad de nombrarlo y recuperarlo con recuerdos. En casa, en familia, no podíamos hablar de él porque era demasiada la tristeza, en la calle ni pensarlo siquiera. Y digo ficticiamente porque papá estuvo acudiendo cada noche de aquel sombrío túnel a dejar sobre nuestras mejillas infantiles su beso junto al de mamá, aquella mujer alegre que con dos palabras trenzaba horizontes nuevos y que luego convirtió su vida en la noche más larga y su mirada en una sombra perpetua. Pero llegó un momento en que comencé a sentir que para seguir viviendo tenía que hacer algo con el dolor y con la muerte. Me hallaba en un laberinto y necesitaba salir de esas opresivas paredes, tenía un conflicto moral grave: el perdón. Y opté por él. Y perdoné para poder seguir viviendo, para poder dolerme con el duelo y para poder después volver a vivir con vida.

A mi papá lo tuve solo once años así que no pudo enseñarme a crecer, a madurar, aunque en verdad siempre lo tuve, me cuesta recordar su voz, me cuesta aceptar que no va a conocer a sus nietos y muchos años después, sigo extrañando su ausencia, lo sigo añorando. Sin embargo, esos once años juntos bastaron para llenarme de su amor y de su bondad, y eso nadie podrá arrebatármelo. El mundo exterior, el *macro mundo* no ha cambiado: los hombres buenos pueden seguir siendo tratados como hombres malos, los malos siguen existiendo. Lo que me angustió a mis tres años, hoy me sigue preocupando. Por el camino perdí la capacidad animal de reacción frente a lo salvaje y la ingenuidad de creer que todas las personas son buenas o malas, pero aprendí a creer en respuestas humanas frente a las bestias y en la capacidad de construir formas que limiten el poder de la maldad. Aprendí también que jamás el poder debería estar asociado a la fuerza, porque la fuerza es el idioma de los violentos, de la sinrazón, el poder debería estar asociado a la justicia y al amor. También descubrí que las contradicciones son

inevitables y que al lado de algunas flores crecen lápidas, que la vida puede aparecer en la muerte y la muerte en la vida, que el dolor que destruye también construye y que la ausencia se puede transformar en continua presencia. Pero sigo negándome rotundamente a aceptar que los hombres buenos pueden ser tratados como hombres malos y viceversa. Y sigo creyendo en la necesidad de defender el pensamiento más simple de los niños: el mal hace mal, el bien hace bien, y si esta premisa no se cumple todo lo que encima se construya será una torre de crueldad.

En Mencia, a 16 de diciembre de 1967

Galia

(Este relato escrito por mi madre ha permanecido en el cajón de su mesita de noche durante muchos años, hasta su fallecimiento. Hoy he decidido que vea la luz, sin encono, sin rabia, pero recordando. Yo, como mi abuelo, soy abogado laboralista, esa fue su mayor culpa, no ser analfabeto ni ignorante y tener la capacidad de discernir entre el bien y el mal, ese fue su delito, luchar por la justicia laboral y social de las personas. En la actualidad sus restos, rescatados en 2012 de una de las fosas¹ del olvido e identificados gracias a las pruebas de ADN, descansan junto a los de mi abuela y mi madre. Aún hoy cuando visito el entorno donde hallaron la fosa y la capilla que sirvió de prisión, creo escuchar los lamentos de los presos que de ella eran sacados para ser fusilados pendiente abajo. Yo soy padre de una niña de once años —los mismos que tenía mi madre aquel emponzoñado día de cuento de hadas que intentaba disfrazar una terrible tragedia—, a la que intento educar en la bondad y en el espíritu de que la barbarie y la sinrazón sucumben siempre ante el amor y la justicia.)

¹ Fosa de la finca de “el Marrufo”, en la encrucijada de Cádiz y Málaga, entre Jimena de la Frontera, Ubrique y Cortes de la Frontera.